



¿Y a mí, que me importa?

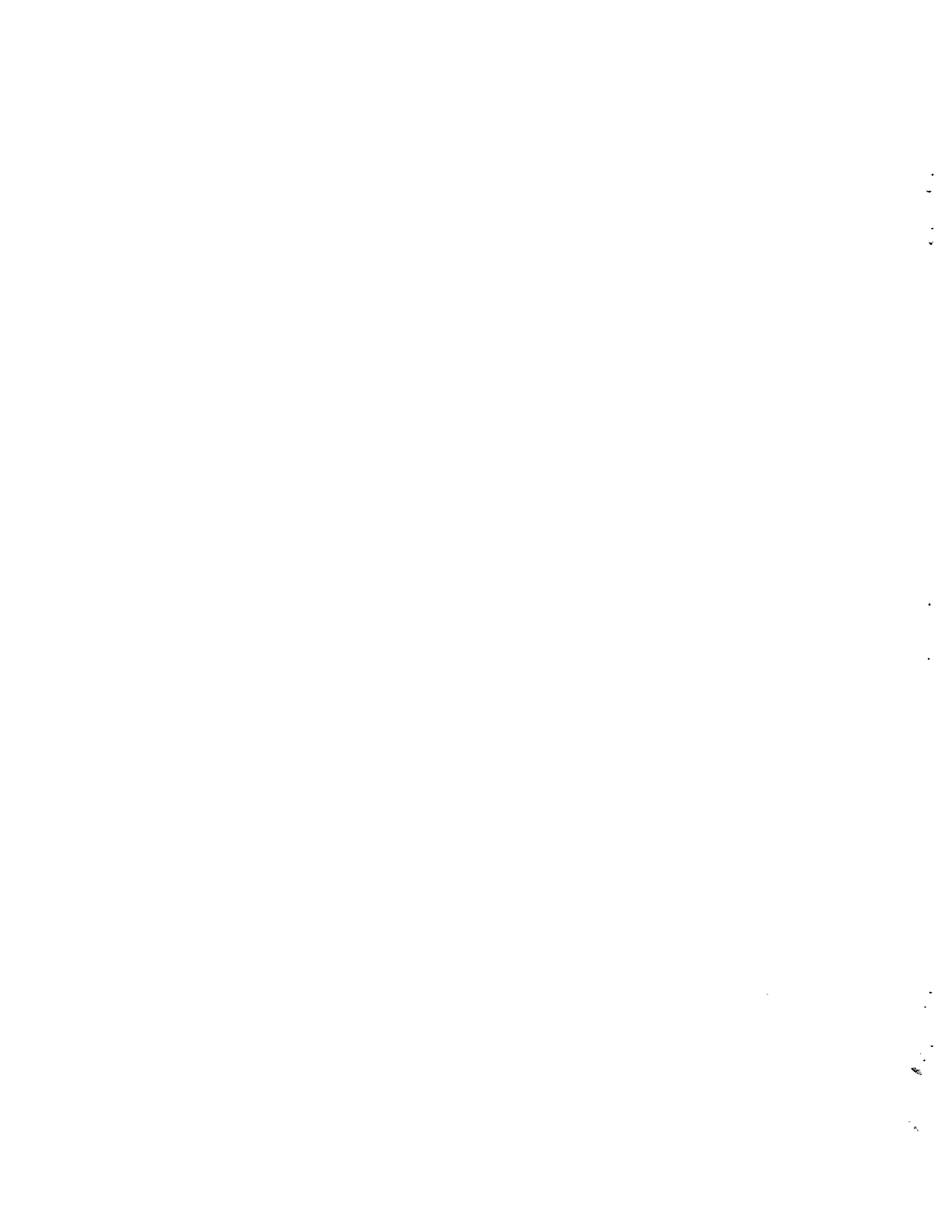
Notas sobre sociabilidad y política en  
Argentina y Brasil

Guillermo O'Donnell

Working Paper #9 - January 1984

Este es, descaradamente, un ensayo. Su versión originaria la preparé para el Seminario "Oportunidades e Limites da Sociedade Industrial Periférica: o caso do Brasil", (IUPERJ-Berkeley-Stanford), Nova Friburgo, Julio 18-20, 1983. Agradezco los comentarios de Carlos Hasenbalg sobre una anterior versión de este ensayo.

Guillermo O'Donnell, the Academic Director of the Kellogg Institute, holds the Helen Kellogg Chair in International Studies and is a Professor in the Departments of Government and Sociology. He is also a Fellow of IUPERJ, Rio de Janeiro. His most recent book, El Estado Burocrático Autoritario, 1966-1973; Triunfos, Derrotas y Crisis was published by Editorial de Belgrano, Buenos Aires, in 1982 and will be published in English by the University of California Press, Berkeley.



## Abstract

Starting with some sharply contrasting linguistic usages between Rio de Janeiro and Buenos Aires, in situations of encounters between people of different social classes, and from the already classic analyses of Roberto Da Matta, this essay speculates in some (admittedly) audacious ways about the possible connections between this micro level and more aggregate forms of political behavior in Brazil and Argentina. The essay discusses differences in the authoritarian regimes in the two countries, the level and forms of repression against the popular sectors, and some characteristics of their current political transitions. Without denying important similarities between the two countries, the focus is on contrasts in these and related dimensions, especially those relevant to the current and likely avatars of democracy.

## Resumen

Partiendo de ciertos usos lingüísticos fuertemente contrastantes entre Rio de Janeiro y Buenos Aires, en ciertas situaciones de encuentro entre personas de diferentes clases sociales, y partiendo de ya clásicos análisis de Roberto Da Matta, el presente ensayo se lanza a una (admitidamente) audaz especulación acerca de posibles conexiones entre aquel plano, estrictamente "micro", y patrones mucho mas agregados de comportamiento político en ambos países. La exploración incluye diferencias observables en los respectivos regímenes autoritarios de Argentina y Brasil, los grados y formas de represión aplicados en esos países contra el sector popular y ciertas características de sus respectivas actuales transiciones políticas. El foco del ensayo, sin negar importantes similitudes entre ambos países, es sobre los contrastes observables en esas y conexas dimensiones, sobre todo en lo que ellas pueden sugerirnos respecto de los avatares actuales y probables de la democracia en ellos.



Para Richard Morse,

for the olives



Llevaba años poniendo cara de YO TAMBIEN LO LEI cada vez que alguien aludía a "Você sabe como quem está falando?". El libro de Roberto da Matta\* pasó un tiempo mirándome tentadoramente desde la biblioteca. Pero sólo hace poco tiempo lo leí -y admiré. Luego de pasar por ese magnífico desfile de desfiles, carnavales, procesiones, malandros y caxías, y de sentir de la mano del autor, que podía re-conocer muchas cosas de Brasil, este país y esta cultura que tanto me seducen, me fui dando cuenta de la razón (no muy racional, como se verá) de mi larga demora en llegar a la disección que Da Matta hace de "Você sabe com quem está falando?": el saber, a través de mis asociaciones de ideas en las ocasiones donde se aludió a esa parte del libro, que la iba a leer en perfecta esquizofrenia -con atención al segmento de la realidad que ese texto des-cubre y, al mismo tiempo, fugándome hacia los contrastes que marca con mi país -tan cercano, tan latino y tan diferente. Porque esa interlocución la he oído muchas veces en la Argentina, no pocas veces con el matiz de "¿Quién se CREE que soy yo?"\*

---

\*Roberto Da Matta, Carnavais, malandros e herois, Zahar, Rio de Janeiro 1978.

\*\*Este minidrama tiene algunas variantes. La principal surge cuando alguien, dándose aires de superior demanda a otro que haga (o deje de hacer) algo; entonces recibe en respuesta: "¿Ud. quién mierda se creeee que es?" en el cual el serruchado "cree" es casi tan agresivo como la palabrota. Pero en todas estas versiones lo importante es que el presunto inferior le "retruca" al otro; es decir, hace una especie de devolución aumentada de la agresión inicial. El término entrecomillado alude al juego de truco, seguramente el mas popular en Argentina y Uruguay, que consiste precisamente de eso: el momento triunfal en que el adversario "se va al mazo" (acepta perder esa vuelta del juego) porque uno "lo corrió con el poncho" (es decir, con barajas menores). Pero el otro-objetivamente el superior en la jerarquización de las barajas- nunca las conocerá porque "se achicó" o "axrugó" -acobardó. Puedo dar fe que el truco ayuda a jugar póker, pero los gestos y comportamientos que son parte fundamental del primero serían considerados inaceptables aún en la mas lumpen mesa de póker.

donde el fonema "creeeer", acentuado y serruchado en la frase, coloca, en contraste con "Ud. sabe con quién está hablando?" todo el peso del lamentable error en que ha caído ese otro que está "fuera de lugar".

Pero al silencio, o las disculpas; o la acción sumisa del otro con que cierran exitosamente su ritual de refuerzo de la jerarquía social los cariocas de Da Matta, mi porteña memoria contrapone haber oído responder muchas veces: "¿Y a mí que me importa?" -y, no pocas, "¿Y a mí, que mierda me importa?". Ritual de refuerzo, también. Como dice Da Matta, también "el que está hablando" en Buenos Aires cumple ese ritual como forma de "trazer à consciencia dos atores aquelas diferenças necessárias as rotinas sociais em situações de intolerável igualdade" (p. 165, op. cit.). Es, en el hablante carioca y el porteño, un acto de violencia, "utilizado quando os outros medios de hierarquizar uma dada situação falham irremediavelmente" (ibid. p. 165). Pero, en contraste con los cariocas de Da Matta, el interlocutor porteño es, precisamente un inter-locutor: encuentra frente a sí a otro hablante. Este, sin ceremonias, suele mandar, redonda y explícitamente, a la mierda al otro y, junto con él, a la jerarquía social sobre la cual quiso montarse.

Lo interesante es que, igual que en Río, en Buenos Aires la jerarquía social, aunque impugnada, también queda ratificada en el mismo acto. Suele ser evidente para los dos que quien se atreve a iniciar la situación está en un lugar más alto de esa jerarquía -por eso mismo tiene sentido implicar la amenaza que contiene esa pregunta-epíteto. No es el caso, también discutido por Da Matta del "Who do you think you are?", que es más igualitario.



porque el que así interpela está negando que el otro tenga realmente un lugar superior desde el cual hablarle o comportarse. En cambio, en "¿Y a mí que me importa?" el interpelado no niega ni cancela la jerarquía: la ratifica, aunque de la forma más irritante posible para el "superior" -lo manda a la mierda. En realidad, el "inferior" tanto presupone la vigencia de la jerarquía que, como suele decirse, "se juega": por ahí la jerarquía no es irrelevante para el caso y el desplante puede costarle caro; pero "a mí nadie me atropella". Si (como casi siempre ocurre) nada más pasa, la jerarquía quedó violentamente marcada y, por ambos, reforzada -pero también quedó, en el mismo acto, cuestionada en su vigencia para esa situación, ridiculizada y "ensuciada". ¿Qué puede ser más insultante que enmierdar una jerarquía tan solemnemente invocada?

Véase además que la pregunta-epíteto no se hace en "você" ("Vos sabés...") sino en "Ud.". En cambio, la típica respuesta, con o sin palabrota, elude definirse entre el "vos" y el "Ud.". En contraste con los cariocas de Da Matta, el "superior" porteño trata al otro de "Ud." en el mismo acto en el que trata de colocarlo en inferior, "en su lugar". Cuando no lo hace, tanto en este contexto como en otros que también pretenden reforzar jerarquías, una respuesta frecuente es: "¿Y a Ud., quién le dió permiso para tutearme?", con las palabras "Ud." y "permiso" fuertemente recalçadas. Si en cambio la respuesta es "¿Y a vos, quién te dió permiso para tutearme?", la cosa ya está a un paso de la violencia física -en la cual no es nada evidente que el socialmente superior va a llevar la mejor parte. En Río, violencia acatada. En Buenos

Aires, violencia recíproca. ¿Mejor o peor? Simplemente, diferente. Pero con un importante punto en común: en ambos casos, estas sociedades, presuponen y re-ponen, cada una a su manera, la conciencia de la desigualdad.

Permítanme seguir con mis contrastantes memorias. Entre otros, garçons, dependientes de lojas y motoristas de taxi, en Río al menos, cuando hacen bien lo que están haciendo según creen que debe hacerse, sirven bien. Solícitos, simpáticos -por si hiciera falta, que no hace- ellos mismos colocan la distancia social existente. En Buenos Aires, sus equivalentes suelen hacer una serie de gestos, aproximaciones y omisiones para lograr algo tal vez antipático (pero que francamente me parece preferible): dejar en claro que no están sirviendo, están trabajando. Quien trabaja no necesita ser obsequioso; basta que cumpla con lo que entiende es su trabajo (por ejemplo, retirar y colocar platos y fuentes de la mesa de un restaurante, o llevarnos a tal dirección). En todo caso, si va a haber alguna intimidad, suele ser iniciada por quien comienza por marcar su condición de trabajador -típicamente, el nada infrecuente tuteo con que aquéllos tratan a quien en ese momento no está trabajando sino comiendo, viajando en un taxi o comprando algo.

Esto por sí solo sería excelente, aunque no siempre garantiza agradables comidas, viajes o compras. Pero ese momento de equiparación tiene que ser puesto en el contexto de una jerarquización social que, como vimos, es impugnada y al mismo tiempo reforzada en otras situaciones. Brasil es marcada y profundamente

jerarquizado, ocultándose a veces tras sus "hombres cordiales"\*, pero encuentra su momento de mágica, pero no irreal, transmutación en los carnavales que Da Matta me ayudó a ver. En cambio, Argentina, sociedad también jerarquizada pero bastante menos que Brasil, tiene, en casi cualquier oportunidad que se presenta, una actitud más igualitaria (o, más precisamente, equiparadora) de las distancias sociales. Pero, como lo muestra en cápsula el "¿Y a mí que mierda me importa?", tanto por uno como por otro lado las respectivas pretensiones--marcar la diferencia y negarla, aunque sea por un minuto--son vigorosamente planteadas. Como algunos clásicos sabían, pero los argentinos olvidamos, una sociedad puede ser al mismo tiempo relativamente igualitaria, y autoritaria y violenta.

Otra repetida sensación, que converge con la anterior. Viejo gitano, uno de mis problemas es reacostumbrarme a conducir autos en diversas culturas. De los códigos -realmente vigentes y que realmente ordenan el tránsito- de Europa y Estados Unidos, nunca me es fácil volver a esa fantástica bagunça que es el tránsito de Río. Allí, como sabemos, los códigos de tránsito (incluyendo por supuesto las luces) son sugerencias que a veces uno puede seguir -pero sólo en condiciones suficientemente

---

\*Aunque me imagino que es cometer herejía contra las malhumoradas críticas a la imagen del "hombre cordial", y aunque entiendo con Antonio Cândido ("Introdução" a Sergio Buarque de Holanda, Raízes do Brasil, Ed. Brasiliense, São Paulo 1972, 8ª ed.) que esa imagen se refiere más a la máscara que al fondo, declaro la sospecha que en Brasil, atrás de esas máscaras, hay una alta proporción de hombres (y mujeres) realmente cordiales. Como mi principal base empírica para esta hipótesis son viajes en ómnibus en diversas culturas, y como la metodología aún no está plenamente desarrollada, este hilo va a quedar suelto.

claras para los otros como para, por ejemplo, no ser aplastado por atrás (o asaltado por el costado) al detenerse de noche frente a una luz roja. En Buenos Aires el desorden es menor, pero tiene dos precios. En Río el poder (policial) es casi siempre una gran ausencia: aunque el policía esté presente, no se ocupa de "infracciones" que no son tales, y si se ocupa generalmente es para conseguir la gorgeta que reafirma oblicuamente la intermitente vigencia de la ley "violada". Pero cuando el policía está a la vista, suele ayudar a quien, como yo, con mi sotaque a cuestras, casi nunca logro encontrar los lugares donde voy. En cambio, en Buenos Aires, con multas realmente caras, el poder (policial), en contra de los no menos venales intereses de sus miembros, fue obligado a esconderse\*; casi, a actuar con la misma clandestinidad con que otros poderes hicieron cosas muchas más horribles: un policía que el conductor no puede ver tiene muchas más posibilidades de "cazar" infractores\*\*, quienes sólo se enteran cuando llegan a su casa multas llenas de ceros a la derecha que, a pesar de la abismal desvalorización del peso, duelen. En Río, el policía está casi ausente, y las pocas veces que se hace presente (partiendo de la base que quien conduce auto suele estar en la otra punta de la jerarquía social que el policía), todo se ajeita -y la bagunça del tránsito continúa imperturbable. En Buenos Aires el poder tampoco está

---

\*Esta fue una de las micro-bellezas que implantó el régimen autoritario de 1976 en adelante. Más abajo vuelvo sobre el tema.

\*\*Como con perfecta lógica nos respondieron varios cuando, durante 1979, les preguntamos por qué se escondían.

para ordenar el tránsito, pero el contacto personal -que, como vimos, en Río sirve para alguna ayuda o para el "arreglo" de alguna infracción- es mucho más difícil porque ese poder se escondió para poder castigar mas y mejor. Consecuencia: en Buenos Aires uno desarrolla olfato para descubrir lugares "peligrosos" (no de choques, de policías escondidos) donde se hace todo "como se debe" para, en la calle siguiente, entrar en la ley de la selva.

Invito a recordar una experiencia: entrar desde una calle lateral, durante el rush hour, a una avenida. En Estados Unidos entre luces (respetadas) y la regla de ir pasando en el orden en que uno llegó a la esquina\*, ese ingreso a la avenida es poco problema. En Río es por cierto un problema; pero no tarda en resolverse, porque alguien deja voluntariamente esos segundos de tiempo para que uno pueda escurrir su auto en la gran corriente -a mí me parece mas complicado que el sistema de Estados Unidos (una vez que lo reaprendo, claro), pero cada vez que ocurre me digo que tiene un

---

\*Orden fácil de practicar pero que cada vez me resulta difícil redescubrir. Por ejemplo, hace poco tiempo, en una apacible tarde en Palo Alto, llevé a Richard Morse al borde del infarto al no detener mi auto completamente en ningún stop, ir unas 10 millas más rápido que las absurdas 25 millas permitidas y, sobre todo, al cruzar las intersecciones en cuanto veía un claro, sin respetar el orden de llegada. El horror de Morse (acompañado de otro elemento de racionalización que nos es absolutamente ajeno: el cálculo, realmente deprimente, de cuántos dry martinis íbamos a poder tomar sin exponernos a algo así como diez años en SingSing), me resocializó rápidamente; pero tiempo después -previo paso por Río y Buenos Aires- Alex Wilde tuvo que sufrir las mismas angustias en los no menos apacibles alrededores de Notre Dame.

lado simpático: a uno le hacen algo en la currency que otro talentoso observador, Roberto Schwarz\*, enfatiza: un favor -y no pocas veces, un gesto cordial, agradecido con ese gesto erecto del pulgar que todavía no he hallado el Roberto Da Matta que lo descifre.

En Buenos Aires somos aparentemente iguales: es regla que si no hay policía a la vista (o presumiblemente escondido), cada uno debe pasar primero. Por lo tanto, parte del asunto es impedir que pase el otro. La forma de hacerlo, teóricamente ilegal pero universalmente practicada, es "meter la trompa" (o "meter la punta")\*\*. Resultado, los autos que se cruzan avanzan hasta rozarse: los que están cruzando contra el paracolpe del que los precede\*\*\* (así no dejan pasar a los que vienen en la otra dirección), los que están queriendo cruzar a milímetros del guardabarros o la puerta del que está cruzando, para así aprovechar la mas mínima vacilación para "acabar de meter la punta" y, así victoriosamente, inaugurar la corriente que ahora comienza a cruzar desde la otra calle, hasta que alguien "se achique" o "arrugue", y -por lo tanto-

---

\*Roberto Schwarz, Ao vencedor as batatas, Livraria Duas Cidades, São Paulo 1977, pp. 13:25 y passim.

\*\*Si algún lector ve en este lenguaje de "violar normas" y de "meter la trompa" o "la punta" alguna connotación sexuada, declaro que yo también. Pero ni mis desordenadas lecturas, ni mis años (acostado) de diván me permiten sacarle jugo a esto.

\*\*\*Los paracolpes en la Argentina son otro tema, corolario de estos deportes: son estructuras mucho más grandes y fuertes que las de cualquier otro país que conozco, que sirven para esos cruces y -también- para estacionar empujando a otros autos. Hubo un tiempo, cuando tenía más sentido del humor, que me divertía el morsiano horror de los extranjeros (incluso brasileros) cuando en Buenos Aires uno tiene que empujar filas de varios autos detenidos para "hacerse un lugar".

abra paso a los que vienen desde el otro lado. La consecuencia de esto es, por supuesto, una monumental ineficiencia, peleas, insultos y, no pocas veces, el gesto "sobrador" (patronizing es el término mas parecido que se me ocurre), cuando no pulgar e índice cerrados en evocativo círculo, del que consiguió meterle la trompa al otro y lo deja, frenado y con rabia (parece título de tango), a pocos milímetros del auto que se desliza victoriosamente. El problema es que no hay forma de no practicar este deporte, como lo volví a descubrir hace poco tiempo. Acostumbrado al tránsito más pacífico de Río\*, con mi autoestima algo menos referida a seguir pasando primero, (y, en parte también, debo confesarlo, porque los reflejos para meter la trompa tienden a atrofiarse, como tanta otra cosa, si uno no practica) me lancé a conducir de forma que, con inexacta pedantería (después de todo, a nadie le gustaba menos que a Hobbes el estado de la naturaleza), expliqué a uno de mis hijos que era "no hobbesiana". Pero fue peor, por una razón que a esta altura debe ser obvia: en cada esquina los que venían atrás mío, y por lo tanto dependían de que yo metiera la punta para pasar ellos, me sancionaban con un (para mí al menos) insoportable estigma de bocinazos y críticas a mi estado hormonal (por si interesa, la historia termina en que volví a la casa del amigo que me había prestado el auto, disputando ferrozmente cada esquina).

---

\*Imagino a mis colegas brasileros en abismal asombro frente a esta afirmación. Pero garantizo que lo que aquí digo resulta de reiteradas y cuidadosas observaciones realizadas, para aumentar la varianza, en variadas esquinas y horarios en ambas ciudades.

Pero esa agresiva equiparación no carece de reglas y jerarquías. Pero éstas no son ni el orden sucesivo de llegada de Estados Unidos ni el jeito-favor de Río. Quien vacila ese segundo crucial que permite atravesarse al otro es, generalmente\*, el que conduce un auto sensiblemente mas pequeño que el del otro lado, o cualquier auto frente a un colectivo (ónibus)\*\*. Pero hay

---

\*Incluyo lo de "generalmente", porque el que no todos respeten las reglas todo el tiempo es lo que le da a este deporte su carácter invariablemente emocionante.

\*\*Como para refrendar este agresivo individualismo, los colectivos son prodigiosamente conducidos por una sola persona. El colectivero (recordista nacional de úlceras, enfermedades cardíacas y otras enfermedades del super stress), injusta pero entendiblemente odiado por los conductores de todo otro vehiculo, entrega "boletos" (pasajes) de diversos precios dependiendo de cuan lejos va el pasajero, cobra, da el "vuelto" (me pregunto acerca de la revolución cultural que resultaría de implantar el exact change de los bus estadounidenses...), vive en permanente disputa con los pasajeros que no tienen cambio y con los que no se corren para atrás (con alguna razón, porque la única puerta es adelante, y cuando llega el momento de bajar si uno esta atrás corre el riesgo de morir aplastado y aplastando la masa humana que viaja durante el rush hour). Inclusive, en extraño y (posiblemente) inútil rito, el colectivero tiene de tanto en tanto que anotar los números de los diversos tipos de boletos que hasta ese momento ha vendido. Además conduce a velocidades que me hacen fantasear un torneo entre monstruos prediluvianos: una carrera entre 10 de esos colectivos y 10 omnibus de Río -tal vez no nos vaya tan mal como en el fútbol. Y, sobre todo, METE LA TROMPA. Para hacerlo, aparte de aprovechar la "variable tamaño", el colectivero tiene la ventaja de que todo porteño es, sin saberlo, un conocedor de Thomas Schelling (The Strategy of Conflict, Harvard University Press, Cambridge, Mass. 1966): como tal vez esté dando un complicado vuelto, o anotando los números de los boletos, o insultándose con un pasajero, uno nunca sabe si el colectivero no es en ese momento un jugador irresponsable que, simplemente, no está mirando lo que tiene por delante. Esa posibilidad (más aterradora aún porque implica que el colectivo puede chocarlo a uno con su inmenso paragolpe, catalogable como arma de guerra) hace de éste, mas que su eterno rival, el camionero (quien uno supone que siempre está mirando) dueño y señor de la calle y sus esquinas (las no policiadas o sospechosas de estarlo, al menos). La mayor, y presumiblemente mas irresponsable, amenaza de violencia, termina imponiéndose en ese juego equiparante de no-iguales.



otras sutiles gradaciones (por ejemplo, quien conduce un viejo y descascarado auto tiene importante ventaja psicológica\* sobre quien conduce uno nuevo), que interactúan complicadamente con la "variable tamaño". Hay además situaciones admitidamente insolubles, tal como la intersección de dos colectivos o -peor aún, porque pone en juego los respectivos orgullos profesionales- entre un colectivo y un camión. Pero, aparte de estas situaciones inherentemente catastróficas, el gran problema es que mis datos muestran que la probabilidad de toparse con un auto de aproximadamente el mismo tamaño y estado que el que uno conduce es del 87% -de manera que en la mayor parte de los casos la regla es to play chicken\*\*; tratar -como en el juego de truco, pero por apuestas generalmente más altas- que el otro "arrugue" primero y así pasar uno\*\*\*.

---

\*También cuando conduce una mujer (pocas, el rush hour es tiempo de hombres). Como es sabido en nuestras culturas, las mujeres son genéticamente incapaces de conducir apropiadamente un auto, por lo que, como me dijo un taxista, "aquí las minas empiezan perdiendo". Cuando chocan dos mujeres es q.e.d.; cuando chocan con un hombre también es q.e.d., porque seguro que la mujer tuvo la culpa.

\*\*El (supermachista, US-style como dice Howard Wiarda, hablando de la democracia que según él nunca tendremos) juego de chicken tiene numerosas variantes, fruto de esa humana pasión por la violencia. Pero, que yo sepa, la versión principal consiste de dos autos lanzados por el mismo carril en la dirección opuesta; el conductor que "arruga" primero (chicken, galinha) y desvía su auto, pierde. A veces ganan los dos y mueren gloriosamente.

\*\*\*Para no hablar de los peatones, molestos animalitos sin paragolpes que a veces le impiden a uno meter la trompa.

¿Será que estas microescenas (interlocuciones, servicios y trabajos que relacionan ocasionalmente a personas de diferentes posiciones sociales) y los mas interactivamente igualitarios (porque casi siempre quienes conducimos somos de clase media o alta, y cuando alguien de las clases populares conduce está llevando a alguien de aquéllas) cruces de esquina, nos dicen algo de semejanzas y diferencias entre nuestras sociedades que también podemos reconocer, con transmutada pero tal vez no ficticia congruencia, en otros planos "más importantes"? Sin pretender agotar un tema que, si existe, es inagotable, ni tampoco imitar la talentosa lupa de Da Matta y Schwarz, creo que vale la pena explorar esta pregunta.

(II)

Que algunas relaciones existen comenzamos a verlo a partir de una rectificación a esta altura indispensable: en realidad cuando me referí a la Argentina debí haber usado el tiempo pretérito o, mas exactamente, haber hecho la salvedad que buena parte de lo que narro quedó suspendida por varios años. El régimen implantado en 1976 secuestró, torturó, asesinó, adquirió una deuda externa que tanto per capita como en términos de exportaciones es superior a la de Brasil (sin haber siquiera hecho proyectos faraónicos, que al menos pagan salarios), redujo en un 30% la clase obrera argentina, achicó en un 25% la producción industrial, arruinó las economías provinciales... e hizo muy, pero muy peligroso (porque realmente lo era y porque tal fue la paranoia que nos inyectó) responder "¿Y a mí que me importa?", con o sin mierda. Los personajes del

régimen se hartaron de repetir que la subversión había calado tan hondo en la Argentina, y había enfermado tanto el cuerpo social (quiero ser Gran Censor por un día, para descensurar todo y prohibir las metáforas organicistas, por causa de obsceno abuso por la extrema derecha) que había que PONER TODO EN SU LUGAR. Los conductores de taxis y colectivos, y otros "servidores" (aparte de los Servidores de la Patria que en la calle, miedos de ellos, no los usaban) tenían que uniformarse: camisa celeste (color patrio) y, por supuesto, ese perfecto símbolo de todo lo duro y contraído: corbata. Mas importante, como había que restablecer el Principio de Autoridad, hasta donde alcanzó el brazo del estado (y llegaba a muchas partes) el tuteo quedó prohibido. Y donde no llegaba, muchas veces no pocos -también llenos de odio contra esa sociedad que mandaba a la mierda pero no destruía LA AUTORIDAD, contra esa gente insolente, agresiva y malhumorada- impusieron sus micro-despotismos allí donde podían. Entre presiones y re-presiones, y el crecimiento del desempleo, el trabajador, en la fábrica y en el comercio, tuvo que "guardarse" su identidad de trabajador -el estricto tono académico de este ensayo me impide indicar donde, según la propia cultura popular, tuvo que guardarla. Y, rodeando todo eso, el miedo de todos los Ubaldos que fuimos, de que alguien nos preguntara, asumiendo un derecho de tuteo que habían quitado a los demás, "¿Vos sabes con quien estás hablando?", y que ese alguien tuviera poder de vida o muerte, o de empleo o hambre, sin recurso alguno ante nadie. Incluso en la calle: como ya comenté, hasta la policía de tránsito, en concierto con quienes se ocupaban de

enfermedades mucho más graves del cuerpo social, se clandestinizó. Por su lado, las FUERZAS DE SEGURIDAD (under the circumstances, una curiosa denominación), obsesionadas con el potencial subversivo de los jóvenes, sobre todo aquéllos con pelo largo y sin saco ni corbata; esto hizo, por ejemplo, de mis hijos recurrentes candidatos a ser "enderezados" (y rapados) mediante el inculcamiento, durante un par de días, en alguna Comisaría, del DEBIDO RESPETO al orden y la autoridad. Incluso, el temor de meterle la trompa a alguien que, con sus armas y su anonimato de gangster, podía hacernos, literalmente, cualquier cosa\*. Entonces, la calle -ese lugar público que Da Matta contrapone también con la casa-, y la escuela, y el lugar de trabajo, y la oficina pública, fueron el lugar del sometimiento y del miedo; o -para usar una palabrota de mi disciplina- de la des-ciudadanización. La experiencia del violento arbitrio con que los que falam someten a la favela y la villa miseria\*, fue de todos, en un grado que

---

\*Conductor distraído y poco agresivo, llegué a acostumbrarme a no prestar atención a los gritos y protestas que, supongo que merecidamente, provoqué -mea culpa. No fue poco el susto, cuando, en 1977, por el centro de Buenos Aires, mediante gritos y algunos golpes a mi auto (en movimiento), caí en cuenta que esa enérgica crítica se hacía, desde otro auto apareado al mío, atrás de una escopeta de caño recortado y de una pistola ametralladora (o algo por el estilo, no soy experto en armas y confieso que no me fijé mucho) por dos furiosos, corpulentos y patibularios señores. Desde ese día -hasta refugiarme en la idílica paz del tránsito en Río- registré atentamente, con paradójico pero profundo amor en causa propia, todos los "comentarios" que provocó mi desprolija conducción (de auto, claro).

ni aún los momentos mas represivos en Brasil aproximaron -esa pasión autoritaria, al someternos a todos a la desgracia que hasta entonces era de pocos, nos igualó en la común experiencia de, por las dudas, callarnos la boca frente a cualquiera que pusiera gesto de mandón.

Pero se me escapa una rabia que no es este el lugar para volcar. Aquí me interesa señalar que esa sociedad -como Brasil, aunque de maneras diferentes- ya era autoritaria y violenta, y que también era -en contraste con Brasil- bastante igualitaria. Así, el tuteo, el "yo trabajo, no soy sirviente", el "¿Y a mí que mierda me importa?" (y, en general, todo lo que estaba "fuera de lugar" con tanto rebelde e insolente) fue, con perfecta racionalidad, blanco de un feroz pathos represor. La violencia dirigida contra esos estilos y costumbres -por el gobierno y, también, por los numerosos kapos que aparecieron en aquellos años de campo de concentración- estuvo dirigida a algo que realmente molestaba, por sí y por lo que, correctamente,

---

\*Como loca forma de salvarnos de lo enloquecedor que era vivir bajo esa represión, con mi mujer -Cecilia Galli- llevamos a cabo una proto-investigación (digo "proto" porque, under the circumstances, cometimos todos los horrores metodológicos, comenzando por entrevistar sólo a quienes no teníamos demasiado miedo de hacerlo; creemos con cierto orgullo que logramos la muestra menos representativa de la historia de las ciencias sociales). Pero aprendimos algunas cosas importantes; entre otras que la capacidad sádica contra las villas miseria siempre podía superarse a sí misma (próximamente va a ser publicado un importante libro de Oscar Oszlak, sobre este tema y conexos); como una boliviana, con siete hijos, "sin hombre en la casa" y cuya casilla pronto sería destruida por un bulldozer, nos dijo con lágrimas de rabia: "A mí nunca, nunca me han humillado tanto" -y era evidentemente cierto.

los mandones, civiles y militares, entienden que significa: un pueblo (povão, populace) insolente y agresivo que -para colmo- contagia sus plebeyas posturas a buena parte del resto. La Argentina post-1930, con su secuela de fábricas, ricachones de extraños apellidos, sindicatos, pleno empleo, "demagogos" y -condensando todo eso- el peronismo, ese "país ingobernable" según una derecha incapaz de producir desde hace décadas una idea\* de algún vuelo, ese país -finalmente, a partir de 1976- iba a ser puesto en su lugar.

Lo terrible era que ese país estaba lejos de ser democrático. Sin necesidad de ir mas hacia atrás, fue notable la ausencia de valores, discursos y prácticas democráticas en la política, así como también en las principales organizaciones de la sociedad, durante el período de loca violencia que precedió al golpe de 1976.\*\* Insisto sobre dos puntos: igualitario e individualista no es igual a democrático, y mandar a la mierda a quien invoca la jerarquía social, es ratificarla (aunque sembrando odios), no superarla o disolverla.

Aunque menos que Brasil, Argentina era un país socialmente desigual (aunque era básicamente cierto que "aquí nadie pasa

---

\* Esto a pesar de la lectura (algunos leen) de sus gurus favoritos, que cito por orden alfabético para evitar que la Embajadora, ratificando las sesudas conclusiones de su tesis doctoral, me acuse nuevamente de argentino machista: Hayek, Huntington, Friedman y Kirkpatrick. El que podría haber ayudado es Borges, pero últimamente ("el pobrecito está ciego, claro", como dice una tía mía a la que sospecho le gustan los juegos de palabras) parece que lo contagió la subversión.

\*\* Este tema y otros con relación al período previo al golpe de 1976 en Argentina los discuto en El Estado Burocrático Autoritario: Argentina 1966-1973. Editorial de Belgrano, Buenos Aires 1982.

hambre") y hoy -después del meticuloso ataque llevado a cabo contra la Argentina plebeya- lo es mas aun. Somos mas desiguales que antes, pero tal vez tengamos mas posibilidades de ser mas democráticos y, si la palabra no escandaliza demasiado, mas civilizados en nuestros patrones de convivencia social y política -pero no porque seamos mas desiguales, sino porque la forma increíblemente brutal con que se intentó consolidar esas desigualdades abre hoy la posibilidad (es sólo eso, pero es novedad) de que sean más aceptados ciertos valores y prácticas mas democráticas y convivenciales (aunque el tránsito sigue igual y los kapos que conocí siguen en sus puestos, en escuelas y lugares de trabajo, culpando todo al "desastre de las Malvinas").

Pero dejemos estas consideraciones y volvamos a Brasil.

(III)

No me llama tanto la atención la distancia y la clara demarcación de jerarquías sociales en Brasil -evidentes- sino la capacidad de producir esa jerarquización en casi todos los contextos a que me he asomado. Eligiendo un ejemplo entre muchos posibles, en los momentos que me dejan libre mis investigaciones sobre esquinas, palabrotas y ómnibus, me fascina observar el complejo sistema social del edificio de departamentos donde vivo, y los de la agradable cuadra de Leblon donde aquél está: abajo de EL SINDICO y de los distinguidos moradores que son propietarios y no hacen ruido de noche, se extiende una compleja y fuertemente jerarquizada estructura social: portero principal, portero ayudante, vigía nocturno, fachineiros,

mas ese fluctuante ir y venir de empleadas domésticas y proveedores, y de señoras que dan por sentado que algunos de aquéllos se va a avalanzar a ayudarlas con sus paquetes. En esa jerarquía nunca deja de sorprenderme, primero, el tono lejano, matter of course con que los moradores dan órdenes y reciben servicios\* y segundo, y aún mas, la fuerte jerarquización de las relaciones entre aquellos "servidores". En la Argentina, en primer lugar, en un lugar como ese (y en muchos otros) hay siempre mucho menos empleados (residuo, seguramente, de largos años de pleno empleo). Además, el portero no tiene la mas mínima sospecha de que deba abrirnos la puerta, ni ayudarnos a cargar paquetes -cuando lo hace queda claro que es una ayuda estrictamente voluntaria y uno debe agradecerla como tal. Además, cuando hay mas de un portero, aunque uno se llame "principal" y otro "ayudante", o establecen algún contrato de equiparación entre ellos (que sospecho incluye, al estilo de los acuerdos en la fábrica para no excederse en la cadencia

---

\* Otra característica que me sorprende (y que supongo tiene que ver con la respuesta sumisa, verbal o no, que presupone el "Você sabe com quem está falando?"), es que poco se mira al subordinado cuando se le da una orden o se recibe de él un servicio; como si la persona de este no estuviera allí, sólo el acto demandado o recibido. En la Argentina el tácito pero elocuente "¿Ud. quién se cree que soy yo?" de quien tiene ese displicente no mirar, se expone a recibir la respuesta que no voy a repetir para no seguir enmierdando este paper, o a que el otro lleve a cabo sabotajes tan malandros como los de Pedro Malasartes (Da Matta, op. cit), inclusive cumplir absolutamente al pie de la letra las órdenes. ¿Será que la Argentina es el primer país del mundo en que los malandros conseguimos absoluta mayoría?



de trabajo, el no excederse en sus "atenciones" con los moradores), o pronto uno o los dos se habrán ido golpeando fuerte la puerta de entrada... en dirección al sindicato\*.

Claro, por el otro lado está el carnaval\*\*. Y umbanda, sobre la cual nada sé, pero me encanta leer lo que sobre ella escriben los antropólogos. Y muchas cosas mas, que los brasileros conocen tanto mejor que yo. Pero además hay otras cosas, que no sé si se advierten como puede hacerlo un extranjero. Una es la extraordinaria cordialidad (y aquí no acepto que me digan que es máscara o afectividad superficial\*\*\*) de los brasileres (con la "e" quiero indicar ambos sexos, para que nadie se ofenda) con los niños (crianças): para quien viene de un país que por momentos pareció enamorado de la muerte, incluyendo agudas necrofilias y necrofobias, esas cariñosas aproximaciones parecen magníficas señales de amor por la vida,

---

\*Al cual, según opina otra tía mía, "todos estos atorantes (zafados) están afiliados" y, como en el fondo es una buena socióloga (aunque cree que es cosa de comunista), ella inmediatamente pasa a maldecir al peronismo, origen de ese y parecidos males.

\*\*Si, como señala Da Matta, el carnaval en Brasil es un ritual de inversión, y si, siguiendo a aquél pero usando un término que me parece preferible, el fútbol es un ritual de equiparación, hay otra dimensión de equiparación -además, significativamente, de la feijoadada, como menciona nuestro autor- que me parece notable. Supongo que sobre esto debe haber medulosos estudios, pero como no lo conozco me atrevo a mencionarlo: se trata de la música popular, que es "popular" entre todas las clases, cosa muy poco presente en otros países, -y ciertamente no en la Argentina.

\*\*\*Y, si me lo dicen, invento un feo neologismo: cariñosidad.

por lo aún frágil, y por el futuro (pensemos, en otra dirección, sobre el colosal amor por los pets y desamor por los niños en Estados Unidos y Europa Nórdica). Otra, que va a provocar rugidos de furia en mis mas ardorosos amigos, es algo casi increíble para mí, de este povão tan, pero tan explotado: la alegría con que tantas veces lo veo trabajar, y su capacidad de hacer música -viva, alegre y con swing- trabajando, o antes o después de durísimas jornadas de trabajo y transporte. Se que éste no es el mundo de la fábrica -que no conozco en Brasil- ni el de la Baixada Fluminense y sus equivalentes, a los que apenas me he asomado. Pero también son muchos los que, viviendo o no en aquellas Baixadas, y apiñados o no por horas en esos horribles ómnibus, tienen esa, dadas las circunstancias, prodigiosa capacidad de sonrisa y buen humor.

Ya lo se, y va a ser parte (nada original) de mi argumento: todo lo mencionado, y muchas cosas mas que el lector sin duda agregará, es extraordinariamente eficiente para consolidar las fenomenales desigualdades sociales existentes en Brasil. Pero no hace falta saltar de inmediato hacia grandes conclusiones, sobre todo si uno tiene en la retina la imagen de otras sociedades -trade offs, que le dicen. Me lanzo ahora por este proceloso camino, avisando que estoy por dar un salto de lo micro a lo macro que soy incapaz de defender con razonable rigor\*.

---

\*Respecto de esto, estoy en el mismo nivel de sofisticación de "No sé si hay brujas, pero que las hay, las hay". Estas relaciones entre el micro y macro con alta probabilidad no son las que en su tiempo postularon las teorías psicológicas de la modernización, o del carácter nacional, o de la personalidad autoritaria, o de "congruencias" al estilo de Harry Eckstein, pero que hay relaciones, las hay. Si Fabio W. Reis tiene la lucidez de afirmar que hay brujas por el lado del political development, aunque deba tragarme algunas pedantes críticas escritas cuando era joven y creía que sabía mucho mas, declaro que también por aquí las hay.

(IV)

Comienzo por Argentina. Esta sociedad individualista, llena de confrontaciones que no resuelven nada pero activan la furia de los mas poderosos, sin tradición de un liberalismo razonablemente vigoroso\*, y que, a pesar de cierta "democrati-  
cidad" en el trato inter-clases, hace muchos años que no vive nada parecido a una democracia que perdure como para lograr algunas raíces, esa sociedad no puede sino tender a suscitar autoritarismos mas violentos, radicales y comprensivos (abrangentes) que los que ha sufrido Brasil. La confrontación del "¿A mí que mierda me importa?" impugna la jerarquía pero no la cancela y -agrego ahora- ocluye los espacios de generalización; es decir, de elaboración de una relación mas o menos estable, y relativamente aceptable para las partes. Entonces sólo queda seguir re-actuando esa relación, o que el "superior" logre imponer violentamente otra, mas "respetuosa".

Esa tendencia hacia la oclusión de espacios generalizables se advierte también en planos mas generales. Los actores de la política argentina han sido corporaciones: Fuerzas Armadas, asociaciones empresarias urbanas, asociaciones empresarias rurales, sindicatos e incluso segmentos "privatizados", del

---

\* Los infortunios de la tradición liberal en nuestros países merecen un cuidadoso estudio comparativo. Sobre esto no puedo avanzar mucho aquí, porque sobre la Argentina no existe nada comparable con una pieza como "Praxis Liberal no Brasil", Wanderley Guilherme dos Santos, Ordem Burguesa e Liberalismo Político, Duas Cidades, São Paulo 1978.

aparato estatal, todos ellos defendiendo directamente en las grandes arenas públicas lo que entienden sus intereses. Este corporativismo anárquico ha dejado pocas oportunidades para la formación de una sociedad política y, con ella, para la emergencia de los partidos políticos como mediadores y generalizadores de intereses. Atrás de esas confrontaciones escasamente mediadas, el aparato estatal ha bailado al compás de las fuerzas de la sociedad, más como campo de batalla que como instancia de formulación de intereses más generales que el de las corporaciones y clases en conflicto. Si los minidramas de las confrontaciones individuales despliegan una apariencia de igualdad que no deja de ratificar las diferencias existentes, de forma que además siembra resentimientos y ocluye posibilidades cooperativas, en estos planos más agregados ocurren cosas curiosamente parecidas. Las confrontaciones del corporativismo anárquico, que vienen de una complicada historia que no es del caso narrar aquí, también tienen esa apariencia de igualdad (hasta el punto de haber justificado el gran argumento de la derecha en los últimos 30 años: que el GRAN problema de la Argentina es sólo el peronismo y atrás de este, y sobre todo, los sindicatos) sustentada porque en algunos momentos los sindicatos y otras fuerzas populares consiguen

revertir políticas que los afectan negativamente.\* Pero atrás de esa apariencia otras cosas, muy diferentes, aparecen. Una es que esas confrontaciones nada tienen de democrático; al contrario, se juegan con recursos, y atrás de concepciones de lo que es el "otro", que, como sugerí, anulan una y otra vez los espacios posibles de acuerdo, cooperación y establecimiento de reglas mas o menos estables y generalmente compartidas. Además, e igual que en los ejemplos micro, ese juego aparentemente igual presupone y de hecho ratifica profundas desigualdades sociales y, atrás de ellas, profundas diferencias en la distribución

---

\* Parte de esta historia, y sus espirales, la he analizado en "Estado e Alianças na Argentina, 1956-1976", Estudos Cebrap 21-, 1977. De ella aquí sólo es necesario señalar que la oligarquía pampeana argentina, asentada sobre una tierra sin campesinos a los que pudiera controlar clientelísticamente, se quedó sin votos hace ya más de 50 años. Desde entonces -y desde la importante base que le dan su control de enormes recursos agropecuarios y financieros, así como su gran prestigio cultural (tema este que, por sí y por sus contrastes con Brasil, merece un ensayo aparte)- esas clases, sus satélites y sus partidos han sido sistemáticamente desleales al juego democrático. Además, con el golpe contra el Partido Radical de 1930 inauguraron la práctica que habían de perfeccionar a partir de 1955 con el golpe contra el peronismo: proscribir electoralmente a partidos mayoritarios. Con ello no sólo las pseudo-democracias resultantes estaban condenadas a ser tan débiles como ilegítimas, y a alternarse con regímenes autoritarios cada vez mas duros, sino que se crearon las condiciones para que, sin representación en una arena política que, además, por su fragilidad e ilegitimidad importaba poco, todas las fuerzas sociales -no sólo los sindicatos- pasaran a practicar el corporativismo anárquico. Sobre las características y condicionantes post-1955 de lo que Marcelo Cavarozzi llama "el estilo de hacer política" en la Argentina, cf. el trabajo de este "The style of politics in Argentina and the recurrence of authoritarianism", de próxima publicación en Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Lawrence Whitehead, eds., Transitions from authoritarian rule y su libro Autoritarismo y Democracia, 1955-1983, Centro Editor, Buenos Aires 1983.

del poder: así, contra lo que no pocos han argumentado, desde 1955, o por lo menos desde 1966, y con toda seguridad desde 1976, la situación argentina ha estado lejos de ser un "empate". Por el contrario, después de varias vueltas de estas espirales -en algunas de las cuales, es cierto, ha aparecido ganando- es incontestable que el sector popular argentino ha sufrido una parte mas que proporcional de la destrucción que la Argentina ha venido inflingiéndose a sí misma.

Sin arenas, entonces, de generalización de intereses, discursos y metas y, por ello, con una proto-política en la que se aprende que en el corto plazo gana (siempre en el corto plazo, pero en un juego así nunca hay mas que eso) el que mas puede amenazar o dañar al otro, ni partidos, ni parlamento ni otras instituciones de la democracia han logrado enraizarse. Nada más débil que los partidos y el parlamento (de tan intermitente existencia, por lo demás) frente a las fuerzas sociales de ese anárquico corporativismo. Cada una de ellas mete la trompa, retruca y manda a la mierda la pretensión de la otra... hasta que esa serie de confrontaciones encuentra a algunos -no casualmente, los mas débiles en una sociedad de clases- exhaustos y, a otros, reclamando la suprema violencia que, ahora si, con las armas en la mano, elimine a algunos y ponga finalmente a todos EN SU LUGAR.

La reiteración de golpes militares en la Argentina, y la reiteración de sus fracasos, puede entenderse desde esta

perspectiva: el intento de emergencia de un poder que, a punta de bayonetas, quiere constituirse en un poder primero para, desde allí y con ayuda de sus sempiternos aliados (los de clase y las innumerables vocaciones autoritarias que florecen en contextos como éste), ordenar serialmente una sociedad hasta ese momento "desubicada": los de arriba, arriba y mandando; los de abajo, abajo y obedeciendo -y en todo caso, agradeciendo las paternales preocupaciones que los de arriba les dispensarán cuando las cosas se hayan "enderezado": y los del medio, viviendo su eterna esquizofrenia: mandando y obedeciendo, pero sabiendo claramente a quién mandar y a quién obedecer. Pero en la Argentina los reiterados - y violentos- triunfos de los que han querido imponer ese orden han sido, siempre, transitorios: no bien se sintieron triunfadores, los de arriba -haciendo lo que aprendieron primero y luego enseñaron al resto de la sociedad-\* empiezan a devorarse entre ellos, los de abajo no tardan en explotar y los del medio nuevamente no saben a quién mandar ni obedecer. Hasta ahora, como ni los de arriba ni (ay!) los transitorios perdedores tuvieron en el camino posibilidad de descubrir los valores y mecanismos de la democracia, entonces, en la próxima vuelta del

---

\*Como sugiero en la nota anterior, no cabe duda que históricamente la derecha -desprovista de votos y siempre temiendo las plebeyas avalanchas que sus propios comportamientos fomentaban- fue la que inauguró en la Argentina las prácticas autoritarias y confrontacionales que aquí discuto. Esto no obstó para que, hasta salir a apoyar el siguiente golpe, esa derecha, y sus intelectuales, se rasgaran las vestiduras ante las "inclinaciones autoritarias" de sus antagonistas.

espiral, cuando cada uno ratificó sus motivos y visiones antagónicas, el juego ha sido aún mas confrontacional, y también mas brutal ha sido el intento de imponer un "orden" que fue, también cada vez mas, autoritario y brutal. Todo esto ahora puede cambiar, pero para que cambie hay que darse cuenta de la lógica de esas espirales.

Por cierto, la guerrilla mucho contribuyó a la brutalidad del golpe de 1976. Pero por otro lado, ella misma, y el apoyo que en algun momento tuvo de la población\*, y la irresponsabilidad con que buena parte de la inteligentzia legitimó, a derecha y a izquierda, su violencia favorita -todo eso fue producto del aprendizaje perverso hecho en anteriores espirales. Pero además de la brutalidad y crueldad de lo que ocurrió antes, y sobre todo de lo que ocurrió después del golpe de 1976, hay que anotar la capilaridad de esa represión: lejos de limitarse sólo a los actores de la gran política y a la guerrilla, esa

---

\*Aunque la metodología usada puede haber dado lugar a márgenes de error relativamente grandes, no deja de ser espectacular que una encuesta encargada por el gobierno nacional durante el periodo inicial de la guerrilla (1971) en la Argentina diera un total de 49% de respuestas de claro apoyo a aquella (Buenos Aires, Rosario y Córdoba); mas tarde, a medida que las acciones de la guerrilla iban perdiendo su imagen de Robin Hood, y que se hacían ostensibles sus enfrentamientos con buena parte del peronismo -y, finalmente, con el propio Perón-, ese apoyo cayó fuertemente, ya antes del golpe de Marzo de 1976. Pero de todas formas, aquella simpatía -tal vez sólo equiparable a algún período de los Tupamaros en Uruguay- da una dimensión de lo mucho mas central que -aparte de haber emprendido muchas más y más ambiciosas (o locas) acciones- fue este fenomeno en Argentina que en Brasil; debe considerarse, además, que en contraste con Brasil en 1968 y 1969, los años del auge de la guerrilla en Argentina (aproximadamente 1970-1975) coexistieron con una gran ola de huelgas y mobilizaciones populares. Los datos aquí mencionados los discuto con mas detalle en EL ESTADO...op. cit., cap. X.



represión se dirigió a todos los rincones de la sociedad -incluso, como conté al principio, a lo aparentemente mas inocente del cotidiano. Por eso el gobierno de 1976-1982 fue tan "extremista", tan violento y, como algunos sólo vieron al final, tan loco: había, para ellos, que cortar de cuajo la verdadera causa de la "subversión", que no estaba ni en el aparato estatal, ni en la sociedad política, ni siquiera en las cúpulas de ese corporativismo sin tutela, sino en los rincones de la sociedad, en su capacidad -antagónica, altanera y plebeya- de retrucar todo el tiempo sin dejar de jugar un juego en cual, si ninguno arruga, se acaban dando vuelta las cartas y gana el que tiene el as de espadas.

Y nuevamente fracasó. Este fracaso, nueva vuelta de una espiral destructiva a la que sólo le faltaba lo de las Malvinas, deja en claro el inmenso costo, y la cada vez mas sesgada distribución de esos costos, de no haber encontrado hasta ahora el otro polo de la alternativa para esta sociedad que invita pero también rechaza tanto esos autoritarismos: un régimen democrático, un conjunto de reglas, razonablemente vigentes, para regular una competición razonablemente civilizada. Si en Brasil al menos hasta hace poco se temió la "argentinización", en la Argentina llevamos décadas sintiendo que esa vez habíamos tocado fondo y que la próxima era nuestra "bolivianización"; ahora, con la desolada sobriedad de haber descubierto que lo que nos esperaba en el fondo del pozo era nuestro propio esqueleto, tal vez la necesidad de aquel regimen pueda ser reconocida.

Pido tolerancia por lo que va a ser un nuevo cambio de tono. Sobre Brasil puedo hablar con más serenidad, no por ajeno a mis afectos (que no lo es) sino porque, simplemente, con todos sus problemas, injusticias y crisis actual, su historia no ha pasado por las catástrofes que han marcado la historia argentina.

El libro de Da Matta me impresionó tanto porque logra mostrarnos ciertos núcleos de relacionamiento, y de dimensiones de orden y desorden, que reaparecen, transmutados pero reconocibles, en escenarios más globales. Brasil es, desde hace tiempo, una sociedad serialmente ordenada, con prolijas y tajantes demarcaciones. Por eso, como sugiere Da Matta, uno de sus principales rituales -carnaval- es un momento de reversión radicalmente igualizante. La Argentina carece de carnavales. Sus grandes rituales son dos: desfiles militares y otras ceremonias del poder estatal que, como también señala Da Matta, escenifican todo lo desigual y jerárquico, en lo que probablemente sea la contrafigura (como en Brasil lo es el carnaval, pero al revés) de un tumultuoso pseudo-igualitarismo. El otro gran ritual son las grandes manifestaciones políticas que con sus consignas, cantos y bombos son esa parte -popular y plebeya- del país que se junta para hacer colectivamente lo que cada uno en ese povão hace cada día.

En Brasil, en cambio, las clases populares siempre han estado "en su lugar". Ciertamente, la historia de Brasil, desde la esclavitud inclusive en adelante, está puntuada por rebeliones que muestran hasta qué punto ese orden es un orden impuesto; pero esas rebeliones no han logrado cristalizarse en organizaciones o identidades colectivas que ocupen, con relativa pero no insignificante autonomía, un lugar propio bajo el sol de las clases dominantes. Sabemos, también, que ese orden se sostiene con diversas violencias\*, comenzando por las del cotidiano de la favela, la pobreza, el desempleo, y la carencia de derechos laborales que, sin ir más lejos, y a pesar de las brutales interrupciones de sus actuales regímenes, en Argentina, Chile y Uruguay hace décadas se dan por sentados. Estoy diciendo que la de Brasil es una sociedad más autoritaria, donde las clases dominadas son menos clases, y donde la violencia que garantiza ese orden está mucho más "normalizada" que en la Argentina y también (aunque cada uno tiene su historia específica en la que no puedo internarme aquí) que en Chile y Uruguay.

Además, en Brasil ese orden es diariamente reimpuesto sobre sus sectores populares mediante extraordinaria violencia policial, que "enseña" a los que la sufren en los cuerpos, y a los que la miran, su real carencia de elementales derechos. Pero, aunque sociedad y estado no son esferas separables (aunque sean analíticamente distinguibles), y aunque el término

---

\*Cf. esp., Renato R. Boschi, comp., Violencia e Cidade, Zahar Editores-RJ 1982 y Ruben G. Oliven, Violencia e Cultura no Brasil, ed. Vozes-Petropolis 1982.

que voy a usar debe ser entendido en su sentido mas lato, esa violencia reforzadora de la serialidad de la sociedad brasilera es, si se quiere, proto-política; esto es, suele ser -en siniestra ratificación de las características mas globales que estoy tratando de delinear- notablemente independiente de las opiniones y afiliaciones políticas que pueda tener -o, más frecuentemente no tener- la víctima. Este patrón dominante en el Brasil urbano\* contrasta (con la parcial y cambiante excepción de las villas miseria) con el menor grado de represión proto-política al sector popular en la Argentina. Pero también contrasta con el fenomenal grado de represión directa y explícitamente política que -sobre todo en el período post-1976, pero también antes, durante previas vueltas autoritarias y anti-populares de las espirales argentinas- se desata de tanto en tanto contra el sector popular argentino; además, y como señalé en passant, esos períodos también sueltan los lobos de la represión proto-política, sobre la base -precisamente- del intento de des-ciudadanizar a los miembros de ese sector popular. Estos patrones mas epilépticos de represión al sector popular en la Argentina en parte reflejan y en parte reproducen las oscilaciones globales y las percepciones fuertemente antagonísticas de la política argentina. Los patrones mas continuos y proto-políticos en Brasil también reflejan y reproducen procesos mas globales- incluso el grado comparativamente alto de despolitización de un

---

\*Sería demasiado atrevimiento de mi parte decir algo sobre el sector rural.

sector popular sometido a una violencia obviamente estatal pero poco obviamente "política"- en el mismo sentido que, en contraste, desnudan los cíclicos períodos ultra-represivos en la Argentina. Hay violencias y violencias -y consecuencias mas o menos ratificadoras o subversivas del "orden" que con esas violencias se intenta resguardar o implantar- ejercidas contra cada sector popular.

Personalmente, me parece peor esa violencia mas sistemática, institucionalizada y embozada de Brasil. Pero, por esto mismo, porque la sociedad brasilera está tan estructurada -como vimos, no solo "por si misma" sino también por segmentos del aparato estatal que oprimen el cotidiano del sector popular- el régimen autoritario brasilero (y el estado en el que se cristalizan momentáneamente ciertas relaciones de fuerza y apoyos sociales) ha sido mucho menos autoritario que sus congéneres del Cono Sur -lo cual, si vemos lo que estos últimos han hecho en la última década, incluso a los respectivos sectores populares, es mejor. Esto es una diferencia, no una paradoja ni una opción que uno deba hacer, y como tal diferencia merece ser explorada.

Pensemos en "nuestros respectivos golpes". En Chile, donde la sociedad política ocupaba el gran espacio que nunca ocupó en Brasil ni en Argentina, los partidos eran los articuladores de la sociedad, a la que realmente representaban, como sus mediadores y generalizadores, en la escena política y en el aparato estatal. En esa sociedad

intensamente politizada, fue por los caminos de la institucionalidad de esos partidos, y del regimen por ellos formado, que la izquierda llegó a controlar parte del aparato estatal. Esto dibujó los principales blancos contra los que se dirigió la represión a partir del golpe de 1973 en Chile: el personal de la izquierda en el gobierno, los partidos de izquierda, y el denso tejido de organizaciones populares (incluso sindicales) que estaba, casi literalmente, "afiliado" a esos partidos. Así, porque la amenaza al "orden establecido", mediada por la franja izquierda de la sociedad política, recorría verticalmente esa formación social, la represión en Chile tuvo -con la lógica perversa pero no ilógica que tienen estas cosas- no sólo la brutalidad sino también la extensión que tuvo.

Contrastemos con Brasil en 1964. Allí la amenaza que se buscó cortar ocupaba, comparativamente, poco espacio en la sociedad y algo más en el aparato estatal. Si pensamos en Chile, Uruguay o Argentina fue muy poco lo que hubo de movilización obrera y del campesinado -y cuando la de este pareció que comenzaba a tomar un vuelo que era apenas incipiente comparado con Chile, no ya de Allende sino de Frei, el golpe de 1964 ya estaba casi ocurriendo. Además, el discurso radicalizante en Brasil era mucho más moderado que el de la Unidad Popular en Chile, y no provenía de mucho más que algunas personas en el aparato estatal que, con escasos apoyos sociales o políticos, se acercaban al precipicio, más que

por las metas que esbozaban, por sus ambigüedades respecto de cuestiones tan urticantes como la disciplina militar o su propia voluntad de jugar el juego constitucional. Tanto fue así que Castelo Branco y su gente creyeron que se trataba de purgar esas personas, mas algunos políticos, jefes militares y dirigentes de organizaciones populares, para que las cosas llegaran, sin mucha demora, al cauce "normal" de una democracia muy elitista gobernando una sociedad muy serializada. Tanto fue así, también, que -insólito si pensamos en el Cono Sur- se creyó que hasta esos partidos y ese Congreso, previas purgas es cierto, podían seguir funcionando; no hacía falta ni siquiera censura a los medios de comunicación, porque la subversión no parecía haber penetrado mucho una sociedad que se había mobilizado bastante mas para demandar el golpe que para apoyar a los que éste iba a destituir. Después, los golpes que se fueron dando adentro de aquel golpe tampoco fueron consecuencia de que el sector popular explotara contra el régimen, a pesar de un par de huelgas notables por sí mismas tanto como, comparativamente con el Cono Sur, por su excepcionalidad en un medio de general acatamiento. Incluso las protestas estudiantiles y la guerrilla fueron eso, en un grado que basta contrastar con Uruguay y Argentina: protestas estudiantiles y acciones cuya audacia no logró raíces en la población. Ratificada así una dominación social que no inventó pero que acentuó -y cada vez que fue "necesario" ratificó con similar brutalidad que sus congéneres- el régimen brasilero ofreció, a una economía internacional por en-

tonces en veloz expansión, la gran prenda del "milagro" económico: una "paz social" que parecía garantizada a largo plazo, y que garantizaba una fuerza de trabajo excepcionalmente barata. También, aunque las crisis sucesorias señalaban que no le vendría mal ratificarse por mecanismos electorales (que ese régimen menos "extremista" que sus congéneres del Cono Sur había tenido el buen sentido de no abolir por entero), ofrecía una estabilidad de políticas (policies), y una impenetrabilidad a "tentaciones demagógicas", que contrastaban espectacularmente con las de sus vecinos. Así Brasil creció espectacular, desmesuradamente, amplió enormemente su base productiva, su clase obrera y sus sectores medios modernos se multiplicaron, ratificó sus desigualdades sociales, y se metió de cabeza en la crisis actual.

En cambio, Chile y Argentina, dotados de un sector popular -incluso, y especialmente, una clase obrera- más activo y organizado que Brasil, Chile por caminos todavía democráticos, Argentina en sus espirales cada vez más autoritarias, en aquellos años cruciales de la gran expansión de la economía mundial lo menos que podían garantizar era "paz social" y vacunas "anti-demagógicas" en sus gobiernos. Así, luego de mil vericuetos de sus historias, que ciertamente no estaban predeterminados pero hacia los cuales los dados ya habían sido cargados, y en los cuales aquellos sectores populares fueron victimizados con una crueldad que solo puede entenderse como venganza de muchos y viejos rencores, Chile y Argentina (y Uruguay, que tiene su



historia y estructura particular, que sólo abusivamente podría abarcar en mis referencias a Chile y Argentina), sufren/han sufrido un autoritarismo mucho mas brutal que el brasilero, enfrentan una crisis económica y social mas profunda, su base productiva y su clase obrera se han encogido, y parte de los sectores medios modernos se encuentra en el exilio.

Contrastemos ahora con los golpes argentinos. Ya en el de 1966 era cierto lo del de 1976: aquéllos contra los que el golpe se dirigió, los "subversivos" que en cada uno de nuestros países se quiso extirpar, no estaban en el aparato estatal (como en Chile y Brasil), ni en la dirección de los partidos políticos (como en Chile y, parcialmente, en Brasil), ni siquiera en la cúpula de los sindicatos (como en Chile). Al contrario, el gobierno, el parlamento (por lo poco que importaba), la dirección de los partidos y la cúpula de los sindicatos estaban, bien antes de 1976, en cualquier cosa menos en fomentar la activación política de la población-mucho menos en radicalizarla. ¿Dónde estaba entonces la subversión contra la que se dirigió tanta, tan brutal y tan capilar represión? Estaba, es cierto, en las organizaciones guerrilleras, pero desde 1975 ellas estaban en claro retroceso y, desde su excomunión por Perón en terrible rito cumplido -por supuesto- en la Plaza de Mayo, su peso político había disminuído sensiblemente\*. La

---

\* Un buen estudio sobre la principal organización guerrillera y sus avatares es Richard Gillespie, The Soldiers of Peron-Argentina's Montoneros, Cambridge University Press, Cambridge 1982.

subversión estaba, como señalé antes, EN LA SOCIEDAD, lejos del aparato estatal y de las grandes escenas de la política: en innumerables huelgas salvajes, en negociaciones mano a mano -y no pocas veces revólver por medio- de salarios y condiciones de trabajo, en innumerables comportamientos que otros sentían como insoportable insolencia\*\*, en Universidades enloquecidas\*\*\*, y en todas las palabrotas que se podía proferir a militares y

---

\*\*Para volver a las anécdotas. En 1975, caminando por el centro de Buenos Aires, me topé con un viejo compañero de escuela, Director de uno de los principales Bancos privados argentinos. Con absoluta furia me tomó del brazo y me llevó un par de cuadras a ver lo que estaba pasando en "su" banco, mientras me explicaba que no era nada que estuvieran en huelga, o que le hubieran prohibido entrar al local, porque eso ya era "pan de cada día"; lo realmente grave era lo que los empleados estaban haciendo en ese momento: confieso que me asombró cuando, al aproximarnos al local de ese Banco, que ocupa casi una manzana, vi que habían corrido todos los muebles y dos tumultuosos teams jugaban allí un entusiasta partido de fútbol... Pero esa rabia no era nada comparada con la que, con su miedo, masticaban los numerosos empresarios y ejecutivos -no sólo los militares, que pasaron a vivir en ghettos fortificados- que, además de contratar guardaespaldas para ellos y sus familias, cambiaban cada día las rutas hacia su trabajo -no sin razón, porque secuestros y asesinatos de sus pares se conocían casi cada día.

\*\*\*Aún considerando la tendencia a hiper-radicalizarse de nuestras Universidades, estoy convencido que lo que ocurrió en Argentina durante esos años, sobre todo en las Universidades públicas, superó ampliamente todo lo conocido. La mezcla de Perón (algo selectivamente leído, es claro) con Fanon, Guevara y Mao resultó particularmente intoxicante -e hizo su no insignificante contribución a la fenomenal resaca que todos sufrimos poco después. El fenómeno alcanzó hasta los colegios secundarios, cuyos directores y profesores, años después, nos mostraron a Cecilia Galli y a mí el inmenso odio que habían acumulado contra "los jóvenes". Como me dijo el encargado de "disciplina" en uno de los colegios públicos más prestigiosos de Buenos Aires. "Todos estos chicos son malos, muy malos; la única forma es hacerlos sufrir, para que aprendan a obedecer".

burgueses aún aterrorizados por la guerrilla. La subversión estaba también en el paisaje lunar de las calles por la noche. Transmutando pero también ratificando en su dimensión mas destructiva algunos de los temas ya apuntados, las calles eran propiedad de asesinos anónimos que mataban o secuestraban víctimas también casi siempre anónimas. Los militares, ya preparando el golpe, se habían lavado públicamente las manos para, en privado, articular con López Rega y sus secuaces el sistema de asesinatos y secuestros que, después de Marzo de 1976, lanzaron a todo vapor. La guerrilla, creando -casi- una situación de poder dual que sin embargo no tenía revolución a la vista, practicaba su "justicia" de -también- muertes y asesinatos-. Y también había el gangsterismo de ciertos dirigentes sindicales y de ciertos grupos empresarios, y el gangsterismo de gangsters "privados", también revólver en mano o chantaje de por medio. Todo eso en ciudades en las que -también transmutación y premonición de lo que ocurriría poco después- el "brazo específico" del estado en la calle -la policía- se había escondido: llenos también ellos de miedo, por las noches se atrincheraban en las Comisariás y hasta que, como para los demás, el día diera alguna seguridad, dejaban la noche de la calle abierta para que todos aquellos asesinos metieran la punta (de sus ametralladoras) a quien querían. Esta experiencia (que sólo podemos realmente empatizar con algunos centroamericanos) fue la grotesca simbolización -que después de 1976 llegaría a su límite con la

total apropiación de la calle, noche y día, por los asesinos que habían ganado- de una vieja historia: la apropiación de lo público por conflictos sin mediación (mejor, con exclusiva mediación de una creciente violencia) por actores cada vez más privados y particularizados; y, atrás de eso, la autodestrucción de todo plano de generalización de intereses, o de una convivencia civilizada, o como quiera llamarse a "eso" tan primordial para ser-en-sociedad, que aquella caótica violencia tan prolijamente destruyó.

Por eso, los asesinos que se soltaron en 1976 mataron a pocos en aquellas cúpulas (cuanto más, se los acusó de corrupciones que, reales o no, sus marciales jueces superarían mil veces), y por eso la represión se extendió capilarmente, y fue ella misma tan terrorista, sobre el conjunto de la sociedad. Era allí que estaba el enemigo, allí estaban las innumerables variantes de "¿A mí que mierda me importa?" que ese golpe quiso liquidar de una vez por todas.

Chile, formación social articulada por y desde la política, masacrada verticalmente alrededor de ese eje. Brasil, autoritarismo socialmente implantado por una sociedad y por un estado que fue, solo en parte, "subvertido" por quienes tal vez intentaron pero escasamente lograron sacudir el "orden"; por eso fue relativamente fácil, y requirió mucho menos represión (aunque cada acto en particular fuera tan cósmicamente horrible como cualquier otro) decapitar esa amenaza. Argentina, igualitarismo no

democrático, corporativismo anárquico que invadía, casi cancelando, la sociedad política y buena parte del aparato estatal, donde como no había casi nada que decapitar, como la derecha dijo, de lo que se trataba era de todo el cuerpo.

Si pudiéramos sumar los micros y los macros horrores de cada autoritarismo -los que ya vienen socialmente implantados, y los que se intenta implantar políticamente contra sociedades mas rebeldes- tal vez el total de ese futil ejercicio fuera similar. Pero no es lo mismo, aunque las implicaciones de esas diferencias sean tan difíciles de trazar en el pensamiento y, más aún, de evaluar, políticamente y prácticamente, desde el ángulo de valores, para llamarlos por su nombre, humanitarios y democráticos. Propongo explorar estos confusos caminos, desde un ángulo no menos confuso pero algo menos melancólico que los seguidos hasta ahora: el de los caminos pósibles hacia la democracia de estos países nuestros, tan parecidos y -como aquí recalco- tan diferentes.

(VI)

Permítaseme seguir un poco mas un argumento ya sugerido. Tal vez porque el autoritarismo está tan socialmente implantado en Brasil, el aparato estatal ha sido y, sobre todo, ha aparecido, tan poderoso y tan decisivo, y ha acaparado tanto la escenografía de los grandes episodios de la vida nacional. Tal vez esta impresión esté demasiada influída por el contraste en este respecto entre Brasil y Argentina (y, cada uno a su

manera, con Chile, Uruguay, Bolivia y Perú; México en esto me parece semejante a Brasil) pero me pregunto como puede no aparecer reinante un aparato estatal que, por un lado, ratifica y garantiza y, por el otro, se basa en, una sociedad que, por lo menos hasta hace muy poco, ha sido tan prolijamente serial. Sin pretender hacer de esto una cuestión del huevo y la gallina (aunque estoy sugiriendo que no es tan seguro que sea el huevo), no deja de ser interesante que la sociedad política en Brasil ha sido casi tan débil como en la Argentina, pero por las razones opuestas. En Argentina las fuerzas no mediadas de la sociedad suelen arrasar los espacios potenciales para la política y para algún razonable grado de autonomía de un aparato estatal, por eso mismo, particularmente desarticulado. Esto, como he señalado, se debe a que esa sociedad, relativamente igualitaria pero no democrática, tiende a "auto re-presentarse", corporativamente y sin mediaciones, en las arenas públicas. En Brasil la fuerte serialización de la sociedad ha favorecido una inversión aún mas radical de las relaciones sociales y políticas presupuestas por los moldes clásicos de representación política: simplemente, ha habido poco a re-presentar en la política, de una sociedad en la cual "los de abajo" no han logrado formas de organización ni identidades políticas relativamente autónomas de las clases y sectores dominantes. Cuanto mas, han accedido a una "ciudadanía regulada"\* que, mas que un

---

\*Wanderley Guilherme dos Santos, op. cit.

canal para la expansión de derechos, ha ocluído espacios institucionales, prácticas e identidades potencialmente alternativas -y esto, hasta ahora, bajo cualquier tipo de régimen político. Sin la presencia en-tanto-ciudadanos de, al menos, buena parte de los sectores populares, hay poco sustento para que surja una sociedad política en la que aquéllos también sean políticamente representados, en una mediación que los re-conoce en su doble condición de ciudadanos y de pueblo.\*

El espacio en el cual podría crearse en la Argentina una sociedad política -y en ella y con ella, un régimen democrático-, fue arrasado por avalanchas de fuerzas sociales altamente organizadas, incluso del sector popular. En Brasil ese espacio es demasiado angosto, porque no se asienta en un sistema de representación en el que estén incluidos aquéllos para los cuales tal mediación es diferencialmente más importante porque se encuentran en las capas inferiores de una muy marcada jerarquía social. Una sociedad política signada por esa ausencia es -toda ella, no solo los no representados- intrínsecamente débil frente al aparato estatal; pero, insisto, esto no es así (aunque sólo fuera porque se supone que el poder es relacional) porque ese aparato sea "en si

---

\* Es decir, de un conjunto relativamente desfavorecido y portador, por lo tanto, además de los derechos clásicos de la ciudadanía, de ciertas aspiraciones de justicia sustantiva; para una discusión de este punto, cf. el Cap. 1<sup>o</sup> de mi op. cit., El Estado...

mismo" tan poderoso.

Detengámonos un momento sobre esto. Con aquella ausencia, la sociedad política en Brasil no es sino, no puede ser, mas allá de intenciones y discursos, un espacio institucional tan angosto como elitista. Cuando las relaciones con el sector popular no son mediadas políticamente sino, en todo caso y como máximo, algunas de sus aspiraciones e intereses son pre-filtrados en las cúpulas de la jerarquía social o del aparato estatal antes de hacerse materia de la política, entonces, en el mas benévolo de los supuestos, las policies que "toman en cuenta" al sector popular tienden a reproducir, en su paternalismo, la jerarquización social que impide que aquel esté representado. A pesar de las ambigüedades y debates de que está rodeado el tema de la representación, este remite siempre a cierto carácter de sujeto de aquéllo que es representado; es decir a cierto grado de especificidad y autonomía -individual y/o colectiva- no subsumibles en los atributos de otro(s) sujeto(s). En ese sentido, una sociedad política marcada por una ausencia como la comentada no corresponde a la de un régimen democrático -o, para ser mas preciso, puede haber correspondido a la arquitectura social de las repúblicas oligárquicas, pero no puede hacerlo con un Brasil tan desigual social y regionalmente pero -también- tan complejo, industrial, moderno y dinámico.

Por eso en realidad han importado poco, tanto la sociedad política arrasada de la Argentina como la excesivamente angosta de Brasil. Ese ha sido el terreno que, sobre todo desde la



sociedad en la primera, y sobre todo desde el aparato estatal en el segundo, ha sido eliminado o manipulado cuantas veces pareció "necesario" a los poderes principales que, como vemos, estaban en otras partes. Así, la democracia no tiene desde donde funcionar ni, menos, consolidarse.

Obsérvese, de paso, que en sus períodos desembozadamente autoritarios, ese aparato estatal argentino, en tantos sentidos mas débil que el brasilero, fue mas plenamente autoritario; como ya he narrado, ya antes pero sobre todo a partir de 1976, ese aparato intervino, con insólita violencia, sobre casi todos los aspectos del cotidiano. En cambio, en Brasil, ese aparato estatal, tanto mas dinámico y decisivo en otros planos, aun en sus momentos mas autoritarios penetró mucho menos en la sociedad, y se propuso metas mucho menos radicales respecto de ella. Dados los parámetros ya vigentes -que no tuvo que "ajustar" mucho- de una dominación fuertemente serializada y, convergentemente, de la ciudadanía regulada, ese aparato estatal de una formación social tan estatista fue mucho mas laissez-faire, mucho menos intervencionista en el tejido de la sociedad, que el mucho mas desarticulado y menos "pesado" aparato estatal argentino.

Tampoco se trata de decidir cual fue "mas estado" -si el que, en Brasil, tanto se extendió por el lado de la economía o el que, en la Argentina, tanto penetró la sociedad- aunque seguramente podemos concordar que, además de la mucho mayor represión que aplicó, esa capilaridad hizo

del argentino un estado mucho más autoritario que el brasileño. De lo que se trata es de ver, en este juego de espejos, ciertos patrones típicos -y diferentes- en la articulación y desarticulación del poder en nuestros países.

(VII)

En Brasil, con una "paz social" que había sido poco sacudida por los procesos pre-1964, y previa purga de una angosta sociedad política, los gobiernos de ese régimen autoritario pudieron, por unos cuantos años, ocuparse de "las otras cosas": fundamentalmente, gerenciar el veloz crecimiento y transnacionalización de la economía. En la Argentina, el "caos" en la sociedad era, al contrario, EL PROBLEMA. Era allí donde todo estaba, para los golpistas, fuera de lugar. Nada podía proponerse seriamente, ni las cruentas victorias valdrían, si no se lograba destruir las bases de tal "desorden". Había que liquidar la "Argentina maldita", destruyendo para siempre las identidades políticas del sector popular, sus sindicatos, sus servicios sociales, sus insolencias en los mano a mano con sus "superiores", y hasta buena parte de las fábricas en las que esa plaga tenía su eje. Por eso nada estuvo tan lejos de la representación como querer atarse las manos con siquiera la muy autoritaria legislación que ese régimen heredó y acentuó, ni nada podía hallarse tan lejos de la política económica como una

intención de crecimiento -en todo caso, una y otra cosa ocurrirían más adelante, cuando se hubiera completado aquél, como se decía en la época, "indispensable saneamiento". Brevemente, lo que el régimen autoritario brasilero casi podía dar por sentado era el corazón mismo del problema según lo definía el argentino. Volviendo por un momento a Chile, tanto la represión aplicada, como el pathos destructivo de su política económica y social fueron semejantes a la Argentina, porque también allí, aunque de formas como hemos visto diferentes, según los golpistas, había que "poner en su lugar" al sector popular y -mas aún- destruir para siempre las bases que le podrían permitir "desubicarse" nuevamente.

En Brasil, el crecimiento y la internacionalización desenfrenados acabaron mostrando, ya antes del gran ahogo de la deuda externa, la curva exponencialmente creciente de los costos de tanto éxito. También la lógica devoradora de la represión, aun en este autoritarismo relativamente moderado, acabó mostrando, a sus propios inventores e iniciales beneficiarios, los inmensos peligros de ese violento y secreto y, porque ambas cosas, finalmente, loco poder\*. Incluso la soberbia triunfalista del poder estatal alarmó a esa inmensa, exagerada -porque socialmente tan dominante, no solo gracias a aquel régimen -ganadora del período la burguesía brasilera.

---

\*Wanderley G. dos Santos diseña esta lógica en "Autoritarismo e Após: convergencias e divergencias entre Brasil e Chile" Dados, vol. 25, No. 2, 1982, pp. 151:163.

Esas tensiones, bastante antes que la crisis económica acentuara esos y otros problemas, esbozaron los primeros espacios desde los cuales, con lucidez y coraje, otras voces comenzaron a alzarse.

En Argentina (y, aunque a ritmo más lento, Chile y Uruguay) el éxito del régimen, al contrario de Brasil, se mide en lo mucho que logró destruir. Y su abismal fracaso se muestra en el resurgimiento, aunque debilitado por la novedad del masivo desempleo y el hambre, de un sector popular haciendo, mas a través de los sindicatos que del peronismo, una vigorosa política corporativa que tiene, como nunca, justas reivindicaciones después de los castigos que se le impusieron desde 1976.

En ambos países los caminos me parecen tan claros como difíciles de recorrer. En la Argentina se trata, casi diría obviamente, de si esta vez, en condiciones objetivamente más desfavorables que nunca (debido a la particular urgencia de las demandas de cada sector y clase social en un contexto de drástica reducción de los bienes materiales disponibles y de enorme inflación) pero, tal vez, subjetivamente mas favorables (debido al aprendizaje de la autodestructividad del corporativismo anárquico que algunos parecen haber hecho), dejamos de meternos la trompa en cada cruce, si no de las calles (esperanza excesivamente utópica), de las fuerzas sociales que estos años no lograron destruir. Tal vez ahora se pueda construir una

sociedad política que tendrá, desde sus comienzos, la marca de una activa presencia del sector popular a través de sus organizaciones sociales y -esperemos- de relativamente autónomas (no sólo ni tanto del estado, como de aquellas organizaciones y, por supuesto, de las de otras clases y sectores sociales) instituciones políticas. ¿Wishful thinking? Posiblemente, pero si no se llega a establecer ese sistema de mediaciones poca duda cabe -y la gran novedad, fundamento de la esperanza, es que no pocos dicen haber aprendido esto -que seguiremos a los tumbos, y cuesta abajo (otro título de tango).

En Brasil, como siempre, la cosa es mas matizada, menos todo o nada. La transición que comenzó en 1974, se transformó parcialmente con las huelgas de 1978 y 1979 y luego declinó su ritmo, hoy -con una crisis económica particularmente dramática para un país tan enviciado en crecer- plantea, con características tan alarmantes como promisorias, el también hasta ahora irresuelto enigma de constituir una sociedad política y, atrás de ella, un régimen democrático. La virtud del proceso vivido desde 1974, y en particular, de la crisis que hoy se vive, me parece ser que, mas allá de las interacciones entre políticos y miembros de la cúpula del aparato estatal, están entrando en juego otras tendencias, que pueden llevar a una significativa des-serialización de la sociedad brasilera, al menos en los centros urbanos que concentran a importante parte de la población.

Si el "estilo de hacer política" en la Argentina ha sido el descrito, y si es que puede ser cambiado, el estilo de hacer

política en Brasil me parece que, en el mejor de los casos, ha llegado a su punto de diminishing returns. Simplemente, una política democrática en una sociedad de la complejidad de Brasil sólo puede ser una política razonablemente representativa, incluso de sectores -populares- cuya ciudadanía difícilmente pueda ser postergada sin una represión, cualquiera que sea la forma del régimen, mas profunda y capilar que la hasta ahora jamás practicada en Brasil. Una política en la cual los discursos, mas o menos progresistas y democráticos, desde los partidos y el Congreso, tienen que hacerse -porque el hiato con la sociedad existe mas allá de lo que cada discurso postula--mucho mas frente al aparato estatal que a la sociedad, sólo ratifica la debilidad de la sociedad política y, atrás de ella, de los vastos segmentos de la sociedad que aquella escasamente logra representar. Así, de una relación de fuerzas resultante mas de aquel hiato que de algún sustantivado poder del estado surge, por ejemplo, lo que debe ser el record mundial de casuismos político-electorales, reiterada\* e impunemente impuestos. Amigo y solidario de políticos democráticos en Argentina y Brasil, temperado además por saber que ellos no ignoran estos problemas y que poco puedo yo avanzar -ni tal vez sea esa la cuestión- en como superarlos, a veces siento que en la Argentina esos políticos son devorados por el corporativismo anárquico y que, en cambio, en Brasil parten, contra todas sus intenciones, a girar en la órbita del estado porque hay pocos lazos que los amarren a la fuerza de

---

\*Esa reiteración se debe en buena parte a que los casuismos suelen quedar lejos de funcionar como lo entrevieron sus pícaros autores. Pero la posibilidad -aunque parece decreciente en el tiempo- de imponer nuevos casuismos sin importantes reacciones de la sociedad política y de diversas organizaciones sociales, es realmente extraordinaria.

gravedad de la sociedad.

Los padecimientos de Argentina y Brasil tienen, aparte de sus lamentables aspectos, la ventaja de plantear problemas que de otra manera pueden seguir postergados o ignorados. En Brasil, tal vez el mayor problema sea que los límites de la "normalidad" históricamente aprendida por los "de arriba", son demasiado estrechos para una razonable normalidad democrática. Siempre que ha emergido una democracia, los tradicionalmente dominantes han tenido que tragar unos cuantos sapos -y no tanto porque se habían vuelto democráticos, sino porque la relación de fuerzas no ofrecía mayores alternativas. Esos tiempos fueron vividos, al menos por aquellos dominantes, como aguda crisis. Mas aun si, como fue frecuente, esos cambios coincidían con dificultades económicas que, por un lado, tendían acentuarse debido a las incertidumbres resultantes de aquellos mismos cambios (que afectaban parámetros sociales y políticos hasta hacía poco considerados justos y naturales) y que, por el otro lado, dramatizaban aún más la presencia -para tragarlos o para destruirlos- de esos sapos.

Vista desde esa perspectiva, lo que hoy en Brasil se llama crisis política y social es -al menos en parte- la condición de posibilidad para que Brasil pueda darse a sí mismo un régimen de democracia política. Que hay y seguirá habiendo

huelgas, algunas tal vez mas "justificables" que otras; que el gobierno cada día gobierna menos variables económicas y políticas que hasta no hace mucho algunos se regocijaban y otros protestaban que controlara tan férreamente; que segmentos populares y medios comienzan a invadir la sociedad política y, a veces, imponerle ritmos, problemas y dilemas "inconvenientes" para la continuidad del tradicional posicionamiento de aquella frente al estado; que la violencia urbana salga de las favelas y alimente terrores de los sectores altos y medios; y, por supuesto, que la crisis económica no sólo castigue con dureza a los pobres -lo cual es tanto mas "normal" cuanto menos representados están en las grandes arenas nacionales- sino que también hoy afecte a los muchos que, como el régimen, creyeron que el "milagro" era para siempre -todos esos temas subyacen hoy a las especulaciones sobre si las Fuerzas Armadas continuarán abriendo paso a los civiles, o si volverán a invadir el aparato estatal para desde allí exhorcizar autoritariamente esos -para Brasil- tan insólitos o, en todo caso, olvidados "desórdenes".

#### (VIII)

No trato aquí de analizar la transición en Brasil y Argentina. Mas modestamente el tema de este ensayo sigue siendo sobre ciertos aspectos que marcan diferencias que cada país debe procesar de maneras también diferentes. Chile tenía (y Uruguay, a su manera, también), y es probable que vuelva a tener, una sociedad política realmente mediadora entre estado



y sociedad -aunque lo ocurrido allá muestra que tal logro es huelgas, algunas tal vez más justificables que otras, que el condición necesaria pero no suficiente para consolidar una gobierno cada día gobierna menos variables económicas y políticas democracia. No va para llegar a una democracia, pero sí para que hasta no hace mucho algunos se regocijaban y otros protestaban consolidarla, el problema principal de la Argentina es fortalecer que controlara tan ferreamente; que segmentos populares y medios la sociedad política frente a los embates de la sociedad -en comienzan a invadir la sociedad política y, a veces, imponerle otras palabras, defender los espacios de generalización de ritmos, problemas y dilemas "inconvenientes" para la continuidad intereses del sofoco del corporativismo anárquico. Tanto para del tradicional posicionamiento de aquella frente al estado; llegar -finalmente, luego de este largo proceso- a una democracia, que la violencia urbana salga de las favelas y afimemente terro- como para consolidarla, el problema principal de Brasil es res de los sectores altos y medios; y, por supuesto, que la crisis fortalecer la sociedad política frente al aparato estatal -lo económica no solo castigue con dureza a los pobres -lo cual cual sólo puede lograrse haciendo a aquella mucho más represen- es tanto más "normal" cuanto menos representados están en las tativa de la sociedad, lo cual no me parece posible sin impor- grandes arenas nacionales- sino que también hoy afecte a los- tantes cambios en la serialización de ésta. el "milagro" era muchos que, como el régimen, creyeron que el "milagro" era

Una sociedad que se somete a "Vocá sabe con quem está fa- para siempre -todos esos temas subyacen hoy a las especula- ciones sobre si las Fuerzas Armadas continuarán abriendo paso fuerza para "empujar" mas allá de las liberalizaciones que, a los civiles, o si volverán a invadir el aparato estatal, por sus propias razones, los que falan pueden concederle. Una para desde allí exorcizar autoritariamente esos "para Bra- Una sociedad así, tiende a generar regímenes autoritarios mas seguros siii- tan insólitos o, en todo caso, olvidados "desórdenes". de sí mismos, probablemente mas exitosos, y menos represivos. En una sociedad así es -puedo (viii) garantizarlo- mucho mas agradable ser miembro de la "elite" uno puede acostumbrarse a un trato No trato aquí de analizar la transición en Brasil y Argentina. Mas modestamente el tema de este ensayo sigue siendo servicial de los "inferiores" que hay que olvidar en otras culturas, y debido a esos y otros aspectos -incluyendo el gozo sobre ciertos aspectos que marcan diferencias que cada país momentáneo de la ritual reversion de todo eso en el carnaval-, debe procesar de maneras también diferentes. Chile tenía, tal vez sea particularmente difícil, que es los sectores que y las clases (y Uruguay, a su manera, también), y es probable que vuelva dominantes, (no sólo pero incluso las Fuerzas Armadas) acepten a tener, una sociedad política realmente mediadora entre estado

de razonable buena gana ceder parte de sus -comparativamente extraordinarios- privilegios.

Una transición controlada desde 1974 tan celosamente que ya se ha prolongado por un lapso insólito en el siglo XX, donde las cuentas por horrores cometidos en el pasado reciente son escasas -y nadie parece ya querer removerlas-, donde el sector popular apenas asomó la cabeza en las huelgas de 1978/9 para luego retornar a un nivel de protesta que sería considerado idílico por los conductores de otras transiciones\*, donde sólo ahora comienza a aparecer ese otro gran fantasma de otras transiciones (la protesta de sectores medios que ven, con ambiguas connotaciones políticas, el deterioro de sus posiciones), donde la derecha controla parte nada insignificante de los votos\*\*, donde ninguno de los partidos y candidatos con algún caudal actual o previsible (vayan ellos a gobernar peor o mejor que los actuales,) ni aun para la mas paranoide imaginación amenazan los parámetros básicos -capitalistas- de Brasil (vigorosamente legitimados durante estos años, atrás de los éxitos y desventuras del régimen), donde -finalmente, para cortar una lista casi interminable- esa oposición,

---

\*Hago esta afirmacion en base al estudio de 5 transiciones en Europa Meridional y 6 en América Latina, todas ellas contemporaneas (la mas antigua es la de la Italia facista), cuyos resultados se publicaron en Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead, eds., Transitions . . ., op. cit.

\*\*Si los partidos de la derecha, y los intereses que pueden sentirse representados por ella no tienen, o si no preven tener, una proporción de los votos suficientemente importante como para asegurarles -aunque sea en la oposición- un papel gravitante en el Congreso y, eventualmente, permitirles la perspectiva no utópica de ganar elecciones, entonces es probable que buena parte de aquel establishment pase a ser activamente desleal al juego democrático. No es casual que Argentina y Bolivia son los dos países de América del Sur donde la derecha perdió, hace ya tiempo, dicho peso y perspectivas.

cuando como hoy gobierna varios Estados, reconociendo básicas realidades de la distribución del poder y, también, ratificando el estilo de la política brasilera, se esmera en encontrar áreas de coincidencia y cooperación con el gobierno Nacional --una sociedad y una transición así, sólo por extraordinaria rigidez (contra el cambio) por parte de los de "arriba", sólo por un apego históricamente absurdo a un conjunto de privilegios insólito en la sociedad moderna y compleja que Brasil tan inter-giversablemente es, y solo por un pathos autoritario que no necesitó mostrarse tanto mientras la sociedad estuvo tan prolijamente ordenada y el progreso parecía un eterno regalo (pero que tal vez no sea menos brutal y, finalmente, estúpido que el que conocimos en otras latitudes), sólo por esas -comparativamente, al menos- tan pobres razones, los mandones, que como bien sabemos también abundan en Brasil, podrían conseguir apoyos suficientes para abortar la democracia que se entreve.

(IX)

Este ensayo llega a su fin, no porque vaya a desembocar en LAS CONCLUSIONES, sino porque voy a acabar por el comienzo. Aunque no siempre haya sido evidente, aquí se trató todo el tiempo de la democracia en nuestros países, vista desde el lado de algunos antidemocráticos inconvenientes, y de algunas posibilidades de superarlos o, al menos, de soslayarlos. Simplemente, no se puede (en realidad, se puede, pero las

consecuencias no suelen ser positivas) mandar a la mierda, o meterle la trompa, a un poder mucho mas fuerte, y acostumbrado a afirmarse de cuando en cuando con tanta violencia como buena conciencia. Por otro lado, se puede callar la boca, o actuar como indica quem está falando; pero entonces algunos se acostumbran demasiado a falar, por ellos mismos y por los que não falam -y se irritan cuando algunos, aun sin subversivas aspiraciones ni palabrotas, pretenden decir algo por su cuenta. Atrás de ambas situaciones hay grave ausencia de ciudadanía. En la Argentina, no sólo los trabajadôres, sino también los sectores medios y la burguesía -todos ellos- han sido demasiado eso y demasiado poco ciudadanos; el corporativismo anárquico y las espirales fueron la consecuencia. En Brasil algunos son demasiado burgueses y pequeño burgueses, y están demasiado acostumbrados, demócratas o no en su fuero íntimo, a monopolizar el discurso en la sociedad, en la política y en el estado. Otros, en cambio, a pesar de sus títulos formales y su voto, casi no son ciudadanos; no pocos de ellos, incluso, aunque trabajen pra burro, apenas son reconocidos como trabajadores.

En tales condiciones, la Argentina ha estado programada para generar democracias epilépticas y multitudinarias,

abortadas por golpes cada vez más brutales. Brasil, por su lado, parece programado para democracias lánguidamente elitistas, y fácilmente prescindibles no bien insinúen dejar de serlo. Atrás de estas frágiles flores está, en la Argentina, una sociedad política tan invadida por la representación corporativa que casi no existe y, en Brasil, una sociedad política que representa tanto a algunos y tan poco a otros, que no se constituye en el escenario donde pueden desempeñarse los dramas y comedias de la democracia -aunque los actores que ya están en ese escenario lleguen a tratarse muy democráticamente entre ellos\*.

En ambos casos, no es sólo ni tal vez tanto el estado el que debe ser democratizado, sino la sociedad. Sin pretender utopías ni imaginar revoluciones, pienso en una democratización razonable. Con este riguroso concepto quiero decir, respecto de la Argentina, que las fuertes identidades colectivas horizontales -en tanto miembros de sectores, clases y fracciones- tendrían que "verticali-

---

\* Para evitar confusiones aseguro que no estoy diciendo que partidos, Congreso et alia. no sean importantes ya, hoy, como son. Estoy diciendo que es fundamental, en ambos países, que lo sean mucho mas.

zarse", y atenuarse, mediante el complemento de identidades en-  
-tanto- ciudadanos que descubren que comparten algún no despre-  
ciable interés en que se establezcan ciertas estables y prede-  
cibles mediaciones entre sus -de otra manera- crudos intereses.  
En cuanto a Brasil, quiero decir exactamente lo contrario pero  
apunta a lo mismo: que, en lugar de ser tan vertical y fragmen-  
tadamente "chupados" por los de arriba -en todos los planos,  
desde los que descubre Da Matta hasta una exitosa y nada anár-  
quica corporativización- los sectores populares logren desarro-  
llar (sin necesidad de caer en las exageraciones argentinas;  
por ahora la exageración es hacia el otro lado) identidades  
horizontales, vividas como tales, para dibujarse como sujetos  
colectivos representables en la sociedad política.

Mirando la historia de ambos países, tanto una como otra  
cosa parecen improbables -sería fácil escribir el sesudo paper  
que mostraría por qué ellas son prácticamente imposibles. Sin  
embargo, tengo la impresión -por eso escribí este engendro-  
que, por esas curiosas contorsiones de la historia, autorita-  
rismos y crisis mediante, esos caminos, tan diferentes en su  
trazado pero tan convergentes en su eventual desemboque, han  
pasado a ser posibles. Para ello no debería hacer falta que el  
pueblo argentino deje de marcar y demandar sus derechos, ni  
que el povoão brasilero pierda lo mucho de auténticamente cor-  
dial que tiene. En ambos países, y en ambos sentidos, el ar-  
gumento de estas páginas es que, mucho más que acomodarse  
a las paranoias de los poderosos, la construcción de

la democracia en Brasil y Argentina, implica descifrar, cada una a su manera, el hasta ahora irresuelto enigma de ambas: la constitución, en el contexto de un régimen democrático, de la representación política del sector popular. Algunos criterios -o, si se quiere, condiciones necesarias- para ésta, para Brasil, poco original y, para Argentina, altamente polémica conclusión, quedan sugeridos. Respecto de Argentina, des-horizontalar en parte y, a partir de ello, politizar en un sentido mas propio (mas ligado a partidos y, en general, a una sociedad política más autónoma) esa sociedad intensamente movilizada. Respecto de Brasil, horizontalizar las identidades colectivas populares, defendiéndolas del inmenso poder de succión de una arquitectura social tan clientelística y corporativa y -por lo tanto- tan estatista -para que, a partir de eso, el acto de representar políticamente esas identidades\* tenga como predicado un sujeto colectivo razonablemente dibujado en ese mapa, inmensamente complejo y variado, que es la sociedad brasilera. Después de todo, no veo como una

---

\*Ya en pánico por los problemas que este ensayo puede despertar por vía de malentendidos, llamo la atención a que uso estos términos en plural. No creo que sea probable, ni que haya metafísica necesidad, de que se vaya perfilando UNA identidad política colectiva popular; ni siquiera creo que sea conveniente, finalmente, para nadie. Se trata de identidades que, influídas por factores que suelen ir desde lo mas "estrictamente" estructural hasta lo mas "puramente" ideológico, expresan las variadas -y cambiantes a lo largo del tiempo- formas en que los sectores populares se van entendiendo a sí mismos y en sus relaciones con otros actores sociales y políticos.

democracia que pueda irse expandiendo y consolidando podría dejar de sustentarse -entre tantas otras cosas- en encuentros y relaciones sociales donde el otro no se sometería, pero tampoco mandarían a la mierda, al que pretendió falar primero y mas fuerte.